

Mujeres Nobel de la Paz

LYDIA ESCRIBANO



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#MujeresNobeldelaPaz

Colección: Tombooktu Historia

www.historia.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Mujeres Nobel de la Paz*

Autor: © Lydia Escribano de la Mata

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenier

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición © 2014 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

editorial@nowtilus.com

www.nowtilus.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-44-4

ISBN Digital: 978-848-9967-607-4

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-608-1

Fecha de edición: Junio 2014

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito Legal: M-8658-2013

A las víctimas de cualquier tipo de violencia e intolerancia
y a todas las personas que, en cada lugar del mundo
y de cualquier manera, promueven la paz.

Índice

Introducción	13
Prologue	17
Prólogo	21
Capítulo 1. Alfred Nobel y Bertha von Suttner	25
El legado de Alfred Nobel, de la invención de la dinamita a los Premios Nobel	25
Bertha von Suttner, la pionera del antimilitarismo y el pacifismo internacional	29
<i>¡Abajo las armas!</i>	33
La Asociación Austriaca por la Paz y el paneuropeísmo	36
Capítulo 2. Jane Addams, un referente mundial del reformismo social y la paz	41
Hull House: el germen del movimiento progresista en América	44
La causa de la paz	49
Capítulo 3. Emily Greene Balch, una cuáquera Nobel de la Paz	53
Más de medio siglo de inagotable compromiso por la paz	56
El Nobel de la Paz después de un mundo devastado por la guerra	60

Capítulo 4. Betty Williams y Mairead Corrigan, un intento de reconciliación para Irlanda del Norte	63
Betty Williams, el primer paso hacia la Peace People	66
Mairead Corrigan Maguire, una pacifista global	69
Peace People	72
El Nobel por empezar a reconciliar a católicos y protestantes	73
La herida del Ulster	75
Aprendiendo a convivir en paz	80
Capítulo 5. Madre Teresa de Calcuta, la santa de los pobres	85
«Una llamada dentro de la llamada»	87
La obra de las Misioneras de la Caridad	90
Un Nobel indiscutible	93
Una caridad en entredicho	97
El adiós a «la madre»	100
Beatificada	103
Capítulo 6. Alva Myrdal, una vida por el desarme y el bienestar social	105
Precursora del Estado de bienestar sueco	107
El Nobel de la Paz por su lucha contra la locura armamentista	108
La mancha nuclear, asignatura pendiente del planeta	113
Capítulo 7. Aung San Suu Kyi, el triunfo de la resistencia y la no violencia	117
«La segunda lucha por la independencia nacional»	120
Quince años de sucesivos arrestos domiciliarios y la concesión del Nobel	126
Pasos hacia la democracia: liberada y diputada en el Parlamento birmano	132
Recogida y aceptación del Nobel veintiún años después	136

Capítulo 8. Rigoberta Menchú, la voz de los indígenas	139
Activismo en el CUC por los derechos de los campesinos indígenas	141
El genocidio guatemalteco: tres décadas de guerra civil	143
El gran impulso del Nobel de la Paz a los derechos de los pueblos indígenas	148
Aspiraciones políticas	153
Capítulo 9. Jody Williams y la ICBL, una utopía factible	157
El protagonismo de la sociedad civil en la gestación de la ICBL	159
El eterno y letal «centinela»	161
El Proceso de Ottawa y el Tratado de Prohibición de las Minas	163
El Nobel de la Paz compartido	169
Capítulo 10. Shirin Ebadi, el icono del islam democrático	175
La primera mujer juez de Irán y activismo político contra los ayatolás	177
El Nobel de la Paz por los derechos de las mujeres y los niños	179
Amenazas, represalias y exilio forzoso	181
Capítulo 11. Wangari Maathai, árboles por la democracia, el desarrollo y la paz	187
La primera doctora en África oriental	189
El Movimiento Cinturón Verde: <i>¡Harambee!</i>	190
Premio Nobel de la Paz «por su contribución al desarrollo sostenible, la democracia y la paz»	194
Duelo y admiración mundial por el legado de la «mujer árbol»	199
Capítulo 12. Ellen Johnson Sirleaf, Leymah Gbowee y Tawakkol Karman, tres defensoras de la democracia, los derechos y la igualdad de las mujeres	203
Ellen Johnson Sirleaf	205

Leymah Gbowee	215
Tawakkol Karman	222
Capítulo 13. La Iniciativa de las Mujeres Premio Nobel (<i>Nobel Women 's Initiative</i>)	233
Bibliografía	241
Agradecimientos	253

Introducción

El protagonismo y las aportaciones de las mujeres en el devenir de la historia han sido silenciados y ocultados secularmente. Con ello, se les ha negado el papel desempeñado en la consecución de derechos civiles, políticos y sociales así como sus contribuciones en todos los ámbitos del progreso y el conocimiento de la humanidad. Esa ocultación consciente ha sido resultado del androcentrismo social imperante y excluyente que, siglo tras siglo, ha pesado sobre el género femenino, obstruyendo sus ideas y aspiraciones y relegándolas al olvido.

Pero no se puede olvidar, como afirma Shirin Ebadi, premio Nobel de la Paz en el 2003, que las mujeres constituyen la mitad de la población en cada país y que «ignorarlas y excluirlas de la participación activa en la vida política, social, económica y cultural sería un hecho equivalente a privar a la población entera de cada sociedad de la mitad de sus capacidades».

Hace tan sólo unos cincuenta años que esta injusticia histórica empezó a ser solventada, de modo que las mujeres están ocupando el lugar y el reconocimiento que siempre han merecido por sus logros y aportaciones.

Este libro es un ejemplo de ello. La obra aborda la vida y, sobre todo, las causas que abanderaron las quince mujeres que, desde 1905 hasta el 2011, han recibido el Premio Nobel de la Paz, con el propósito de motivarnos por el conocimiento de todas ellas, su lucha y convicciones. Mujeres procedentes de los entornos sociales e ideologías más heterogéneos, representantes de diferentes formas de promover la paz, y ejemplos

emblemáticos del gran potencial que las mujeres simbolizan en la defensa y reivindicación de la democracia, la no violencia, el desarme, el entendimiento entre los pueblos y las distintas religiones, la resolución pacífica de conflictos, la justicia social, los derechos humanos, la igualdad entre hombres y mujeres, el medio ambiente y la ayuda a los marginados y excluidos.

La escritora austriaca Bertha von Suttner (1905) inaugura la lista de este elenco de mujeres magníficas que incluye, además, a Jane Addams (1931), Emily Greene Balch (1946), Betty Williams y Mairead Corrigan (1976), la madre Teresa de Calcuta (1979), Alva Myrdal (1982), Aung San Suu Kyi (1991), Rigoberta Menchú (1992), Jody Williams (1997), Shirin Ebadi (2003), Wangari Maathai (2004) y, por último, a las tres galardonadas en el 2011, Leymah Gbowee, Ellen Johnson Sirleaf y Tawakkol Karman.

Cada una aporta una fascinante historia y todas comparten una base común: unos valores firmes y un admirable coraje y determinación, basados en la certeza de que sus objetivos serían eventualmente realizados, que no les permitieron flaquear en la consecución de sus anhelos.

El conjunto de todos sus relatos ofrece un recorrido por algunos de los hechos históricos que han marcado el siglo xx, y el comienzo del xxi, como las dos guerras mundiales, el conflicto del Ulster, la guerra civil de Guatemala, la carrera armamentística durante la Guerra Fría, la férrea dictadura de Birmania, la cruenta guerra de Liberia y los niños soldados, la situación de los derechos humanos en diferentes países, las minas antipersonas, la Revolución Islámica de Irán o las recientes revueltas democratizadoras bautizadas como la Primavera Árabe, con el foco puesto en la de Yemen. Acontecimientos en los que ellas han ejercido un papel decisivo al erigirse como altavoces para denunciarlos y darles visibilidad mundial, y por su capacidad para generar movilización social y adhesión a estas causas y lograr soluciones eficaces y perdurables en el tiempo.

Ellas son el mejor exponente del lema de Jody Williams, según la cual, una mujer media normal puede hacer que algo extraordinario suceda. Las mujeres premio Nobel de la Paz constituyen, en definitiva, sólidos paradigmas de lo que el célebre escritor estadounidense Napoleon Hill, en su famoso

libro *Piense y hágase rico* (1937), llamó soñadores prácticos. Soñadoras prácticas, en este caso, capaces de poner en práctica sus sueños «y que siempre han sido y serán las guías y pilares de la civilización».

Prólogo

En mayo del 2013, tuve la oportunidad de reunirme con cerca de ochenta mujeres que trabajan por la paz en la conferencia de la Iniciativa de las Mujeres Nobel «Moviéndose más allá del militarismo y la guerra», en Belfast (Irlanda del Norte).

Durante tres días compartimos nuestras experiencias como activistas y desarrollamos estrategias para avanzar de una forma más efectiva en nuestras luchas por la paz. Nos unimos en torno a nuestro objetivo común de crear un mundo más justo para las generaciones venideras de mujeres, hombres y niños. La sala estaba repleta de energía, cargada del poder procedente de las mujeres trabajando unidas.

En 1901, se estableció el Premio Nobel de la Paz para honrar a las personas por sus esfuerzos por un mundo más seguro y más pacífico. A lo largo de sus 113 años de historia, el Comité Nobel ha reconocido a 94 personas por su trabajo por la paz. De estas, solamente quince han sido mujeres. Quince. Mientras estas mujeres, incluida yo misma, hemos sido colocadas en un pedestal internacional y reconocidas oficialmente por nuestro trabajo para crear un mundo más pacífico, sabemos que nuestros éxitos no han sido el trabajo de un solo individuo. Nosotras representamos los esfuerzos colectivos de millones de mujeres alrededor del mundo para crear una paz sostenible.

A lo largo de mi vida como activista, me he encontrado con incontables mujeres que se han unido para pedir un mundo más pacífico, justo y equitativo. Mujeres que han atravesado

fronteras culturales para defender su tierra y el medio ambiente. Mujeres que han salvado diferencias sociales para dar voz a los sin voz. Mujeres que se han agrupado en sus barrios para proteger a sus familias, amigas y comunidades del abuso sexual y la violencia, la impunidad y la discriminación. Mujeres que, a pesar de los riesgos reales para su seguridad, continúan en su lucha por la paz. Muy a menudo, estas mujeres trabajan en la sombra por la paz con poco reconocimiento por sus significativos esfuerzos.

En enero del 2006, junto con otras cinco hermanas laureadas, lanzamos la Iniciativa de las Mujeres Nobel, una organización establecida sobre la esencia del hecho de que cuando las mujeres se unen, el cambio sucede. Durante ocho años, hemos combinado nuestros esfuerzos, red de contactos y recursos para amplificar efectivamente las voces de las mujeres que trabajan por la paz de una forma anónima. Los resultados han sido abrumadores. Las mujeres están ganando impulso en el escenario mundial avanzando hacia la paz y la igualdad como nunca antes había ocurrido.

El hecho es que las mujeres hacen que las cosas sucedan. Las mujeres son el único mayor recurso no utilizado para la paz, y cuando están en la mesa de negociación ayudan a poner fin a la guerra. Las mujeres expanden el debate por encima de quién conseguirá los triunfos, y están únicamente en sintonía con las necesidades de la comunidad relacionadas con cuestiones tan claves como los derechos sobre la tierra, educación y salud. También tendemos a centrarnos en los derechos de las mujeres, que son de vital importancia para la seguridad a largo plazo del país. En otras palabras, las mujeres son agentes sumamente poderosos de cambio significativo.

Dentro de estas páginas, encontrarás las historias de las quince mujeres que han recibido el Premio Nobel de la Paz por su trabajo para promover la paz. Sus éxitos y retos se despliegan ante ti poco a poco, hito a hito, de modo que sigues a lo largo de su camino hacia un mundo más pacífico. Al revivir cada uno de sus trayectos, te insto a reconocer y recordar los esfuerzos colectivos que hay detrás de sus éxitos.

Al leer, te pido que te tomes tiempo para reconocer y admirar a las mujeres que trabajan por la paz que no están mencionadas en este libro. Estas mujeres no están menos entregadas ni son menos valientes que yo misma o que las demás laureadas que

aparecen entre estas páginas. Sus voces merecen ser amplificadas como lo han sido las nuestras, su trabajo igualmente celebrado, sus esfuerzos para traer la paz, notablemente reconocidos.

Puede que los esfuerzos colectivos de mujeres trabajando por la paz alrededor del mundo continúen hasta dobligar la violencia.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Jody Williams', with a stylized flourish at the end.

Jody Williams

Ganadora del Premio Nobel de la Paz en 1997

1

Alfred Nobel y Bertha von Suttner

EL LEGADO DE ALFRED NOBEL: DE LA INVENCION DE LA DINAMITA A LOS PREMIOS NOBEL

La historia ha hablado a menudo del interés de Alfred Nobel por la paz, y de cómo fue realmente su amiga la pacifista Bertha von Suttner quien despertó su atención, cambió por completo su percepción y consiguió su adhesión a la causa que a ella le dio fama y prestigio internacional.

Químico e ingeniero sueco, Nobel acumuló durante su vida una enorme fortuna amasada con los beneficios derivados de la invención de la dinamita, la gelignita o la balistita, así como la fabricación a escala de cañones y otro armamento. Sin embargo, esa gran riqueza le generó un cierto complejo de culpa por el mal y la destrucción que sus descubrimientos pudieran haber causado a la humanidad en los campos de batalla, del cual nació la voluntad de legar su patrimonio a la creación de los Premios Nobel.

Bertha Kinsky y Alfred Nobel se conocieron en 1876 a raíz de la publicación, en un diario vienés, de un anuncio en el que Nobel solicitaba «una señorita de edad madura», con conocimientos de idiomas, para secretaria y gerente de su hogar. La dama que contestó el anuncio llegaría a ser la activista por la paz más renombrada, y una de las mujeres más célebres de su época, ganadora del primer Premio Nobel de la Paz concedido a una mujer: Bertha Kinsky von Wchinitz und Tettau, baronesa von Suttner.



Se cuenta que cuando Alfred Nobel estaba desarrollando la dinamita, su hermano menor –Emil– murió en una explosión provocada en una de las fábricas de su propiedad. Este suceso, el poder destructor de su invento y la amistad con la pacifista Bertha von Suttner determinaron su voluntad de destinar su inmensa fortuna a la creación de los Premios Nobel.

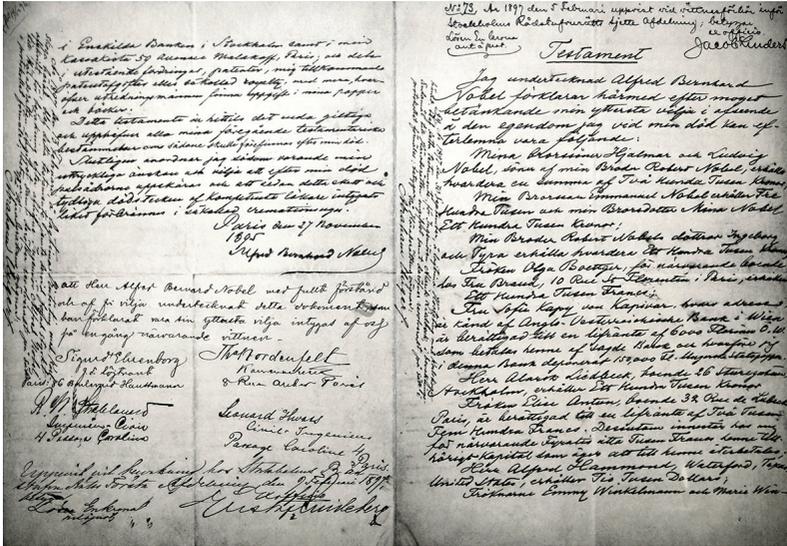
Ella fue su secretaria tan sólo durante una semana, pero en ese momento comenzó una amistad entre ambos que se prolongó durante veinte años, hasta la muerte de Nobel el 10 de diciembre de 1896. A lo largo de todo ese tiempo, Bertha se convirtió en la artífice de un cambio en la actitud y el pensamiento de Alfred Nobel que propició la adhesión del sueco a la causa de la paz.

Si Alfred Nobel llegó a compartir el ideario de su amiga o no es difícil de afirmar por tratarse de un hombre bastante reservado. Sin embargo, en dos de sus cartas enviadas a Bertha resulta perfectamente apreciable esa transformación a partir de la influencia que su amiga había venido obrando en él. En la primera, escrita antes de la publicación en 1889 del libro insignia de Bertha —*¡Abajo las armas!*—, el magnate de los explosivos expresaba lo siguiente: «[...] mis fábricas pueden poner fin a las guerras antes que sus Congresos. El día que dos ejércitos puedan aniquilar mutuamente en un segundo todas las naciones civilizadas, es de esperar que renunciarán a la guerra y licenciarán sus tropas [...]».

En otra misiva, escrita en 1893, es decir, dos años antes de redactar su testamento, anticipaba, por el contrario, lo que sería su legado definitivo, del que haría benefactores a los hombres y mujeres del mundo: «[...] Estoy dispuesto a destinar una parte de mis bienes a un premio que se conceda cada cinco años. Este premio se otorgaría al hombre o a la mujer que hubiese inducido a Europa a dar el primer paso hacia el ideal general de la paz [...]».

Alfred Nobel se refería al Premio Nobel de la Paz, con el que quiso rendir homenaje a las convicciones de Bertha von Suttner, reconociendo y agradeciendo así la amistad que les había unido durante dos décadas. Es posible, también, que lo hiciese porque, con el tiempo, Bertha le había convencido de que no era el temor a las armas, por terribles que fuesen, sino la formación moral de los hombres la causa del más terrible azote de la humanidad.

Alfred Nobel murió el 10 de diciembre de 1896 San Remo (Italia) de un ataque al corazón. Fue entonces cuando se supo públicamente que había dejado su fortuna de muchos millones de coronas para premiar todas aquellas aportaciones que se hiciesen en beneficio de los pueblos y las gentes. En su



En su testamento, fechado el 27 de noviembre de 1895, Alfred Nobel determinó la organización de los premios que llevarían su nombre. En aquel momento, su fortuna ascendía a treinta y cinco millones de coronas, de las cuales sólo dejó cien mil a su familia y el resto lo destinó a su fundación.

testamento dispuso lo siguiente, según el texto extraído de la *Enciclopedia Microsoft Encarta 1997*:

La totalidad de lo que queda de mi fortuna será dispuesta del modo siguiente: el capital, invertido en valores seguros por mis testamentarios, constituirá un fondo cuyos intereses serán distribuidos cada año en forma de premios entre aquellos que durante el año precedente hayan realizado el mayor beneficio a la humanidad. Dichos intereses se dividirán en cinco partes iguales, que serán repartidas de la siguiente manera: una parte a la persona que haya hecho el descubrimiento o el invento más importante dentro del campo de la física; otra parte a la persona que haya realizado el descubrimiento o mejora más importante dentro de la química; una tercera parte a la persona que haya hecho el descubrimiento más importante dentro del campo de la fisiología y la medicina;

una cuarta a la persona que haya producido la obra más sobresaliente de tendencia idealista dentro del campo de la literatura, y una última parte a la persona que haya trabajado más o mejor a favor de la fraternidad entre las naciones, la abolición o reducción de los ejércitos existentes y la celebración y promoción de procesos de paz. Los Premios para la Física y la Química serán otorgados por la Academia Sueca de las Ciencias, el de Fisiología y Medicina por el Instituto Karolinska de Estocolmo, el de Literatura por la Academia de Estocolmo, y el de los defensores de la paz por un comité formado por cinco personas elegidas por el *Storting* (Parlamento) noruego. Es mi expreso deseo que, al otorgar estos premios, no se tenga en consideración la nacionalidad de los candidatos, sino que sean los más merecedores los que reciban el premio, sean escandinavos o no [En 1969 se instituyó, además, el Premio Nobel de Economía].

BERTHA VON SUTTNER, LA PIONERA DEL ANTIMILITARISMO Y EL PACIFISMO INTERNACIONAL

La base de cada verdad es la paz
y la meta final del destino individual,
así como el primero de los derechos
es el derecho a la propia vida.

Bertha von Suttner

La guerra, con sus secuelas y horrores, fue siempre una obsesión para Bertha von Suttner. La aceptaba como un hecho real —desde muy pequeña la acompañaba el recuerdo de una guerra u otra—, pero se negaba a comprenderla, y más aún, a considerarla como un hecho inevitable. Por eso, Bertha consagró su vida a una particular lucha para demostrar al mundo que esa creencia no era una utopía.

Proclamar la fraternidad entre los seres humanos, luchar contra los conflictos y estudiar los medios para alcanzar la paz entre los pueblos absorbió todas sus energías y le valió la concesión del Premio Nobel de la Paz en 1905.

Una mirada a la biografía de Bertha von Suttner muestra la vida de una de las mujeres más conocidas y también más discutidas de principios del siglo xx. Como señala la periodista

austriaca Barbara Gelautz en su libro *Bertha von Suttner: el pacifismo elaborado*, para unos fue una figura a la que admirar con entusiasmo; para otros, la «furia de la paz» o «la sabionda histórica».

Bertha Felicitas Sophie Kinsky von Wchinitz und Tettau nació en Praga el 9 de junio de 1843 en el seno de una familia aristocrática. Su padre, el conde Francisco José Kinsky, teniente-mariscal del Ejército, había fallecido meses antes de su nacimiento; su madre descendía del poeta y soldado Theodor Karl Körner, de quien la pacifista austriaca debió de heredar su talento como escritora, si bien con una finalidad completamente opuesta.

La madre se trasladó con Bertha y su hermano mayor a Viena. Allí se desarrolló la educación de la pacifista, determinada por las exigencias de su posición social, de modo que aprendió inglés, francés, italiano y, posteriormente, ruso. Al mismo tiempo, disfrutó al lado de su progenitora, una persona viva y emprendedora, del ambiente de los salones y lugares de moda de la época. Los viajes le permitieron también codearse con destacadas personalidades de la vida cultural del momento. En ese tiempo, Bertha se entregó con tenacidad y constancia a su vocación de llegar a ser una gran cantante. Pero a los treinta años, cuando la fortuna familiar ya estaba prácticamente agotada, decidió abandonar el papel de la hija de buena familia y se puso a trabajar como institutriz.

En 1873 encontró su primer empleo en la casa del barón von Suttner en Viena. Durante los tres años que trabajó allí, conoció a Arthur Gundaccar von Suttner y se enamoró de él, un amor correspondido con el que la familia de Arthur no estaba precisamente encantada ya que Bertha tenía siete años más que su futuro marido. Por ello, se aconsejó a Bertha que aceptase una oferta para ir a París y trabajar como secretaria de Alfred Nobel. Tras una breve estancia en la capital francesa, Bertha regresó a Viena para casarse con Arthur el 12 de junio de 1876. El matrimonio se marchó al Cáucaso, donde permaneció hasta 1885, año en el que, tras reconciliarse con la familia de Arthur, regresaron para vivir en el castillo de Hermansdorf, cerca de la capital austriaca. Con su marido mantuvo una compenetración intelectual perfecta y una idéntica dedicación a la literatura. Él fue su esposo, su compañero, su amigo y su más firme colaborador en el compromiso pacifista asumido



Mujer muy adelantada a su tiempo, Bertha von Suttner dominaba cuatro idiomas (alemán, francés, italiano e inglés). Fue probablemente la tradición familiar (su padre, mariscal de campo y consejero militar; su abuelo, capitán de caballería) la que determinó su vocación pacifista, que se acabó convirtiendo en el *leitmotiv* de su vida.

por Bertha. La acompañó siempre en sus viajes, le entregó todo su esfuerzo y su apoyo, erigiéndose en su más sólido cimiento hasta su muerte en 1902. En sus memorias, Bertha explica que esa felicidad privada constituía un recurso importante que le aportaba la fuerza para sus actividades públicas.

Los nueve años de exilio voluntario en el Cáucaso fueron decisivos para la formación intelectual de Bertha von Suttner y para forjarse como escritora. Allí comenzó el estudio de las obras y autores de su tiempo –Darwin, Buckle, Spencer, etc.– que la llevaron a adquirir un pensamiento racionalista, liberal-humanista y a liberarse de muchas limitaciones confesionales y sociales. Sus convicciones y, sobre todo, sus actividades la situaron al margen de la aristocracia tradicional. Durante esos años, antes de debutar como autora, Bertha escribió su primer artículo bajo el seudónimo B. Oulotte, llamando con ello la atención, por su sonoridad, del director del periódico en el que se publicó el escrito. La otra circunstancia que concurrió para que le publicaran dicho artículo fue el hecho de que el director le gustase la filatelia y agradeciese a aquel desconocido los sellos que llevaba el sobre. Esto le motivó a leer el trabajo y, una vez leído, a aceptarlo y ordenar que se remitiera al autor un cheque por valor de veinte gulden (cifra considerable en 1878). En 1880, tras aclarar con su editor su verdadera identidad, llegó su primera novela psicológica: *El inventario del alma*.

En 1886, con fama ya de buena escritora, Bertha publicó *High Life*, en la que puso de relieve lo absurdo de lavar el honor a través del duelo, imprimiendo en la obra el sentido filosófico, moral y social que habría de inmortalizarla como novelista.

El primer libro que Bertha escribió con un tono marcadamente social y en el que apuntaba explícitamente su postura frente a las guerras fue *La era de las máquinas*, que firmó con el seudónimo de Nadie. La razón que la llevó a hacerlo así respondía al hecho de que, en múltiples ocasiones a lo largo de su vida, había recibido la respuesta de «¡Oh, la guerra no es un tema para mujeres!» o bien «¡Ustedes las mujeres no conocen a fondo estos problemas!». En esta obra aparecen temas como el nacionalismo, las formas del Estado, la emancipación de la mujer y el antisemitismo, entre otros.

En 1889 llegó la novela que le dio fama como pionera del pacifismo: *¡Abajo las armas!* (*Die Waffen nieder*). La repercusión que obtuvo la obra en todo el mundo y el prestigio que ganó le proporcionaron a Bertha una inesperada autoridad en una materia tan espinosa como era la propagación de la abolición de las guerras y de los ánimos revanchistas.

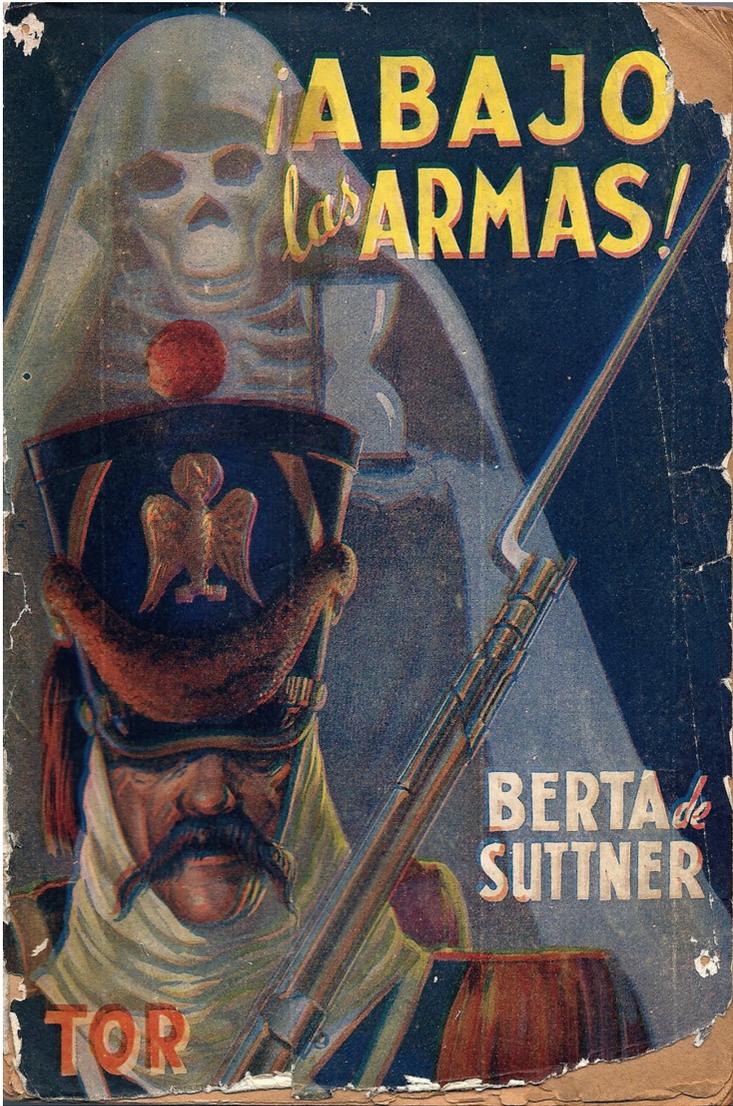
¡ABAJO LAS ARMAS!

La determinación de la baronesa de convertirse en activista entregada y enérgica a favor de la paz se fraguó durante su estancia en París, entre 1887 y 1888. Allí entró en contacto con la Asociación Internacional de Arbitraje y Paz, una organización fundada en Londres en 1880, cuyos objetivos se basaban en el uso del arbitraje y la paz en los conflictos armados, en vez del uso de la fuerza. Un concepto muy novedoso ya que, durante generaciones, la principal vía para solucionar los conflictos en Europa fue la utilización de las armas. A raíz de esta experiencia, y según explicaría ella misma, quiso prestar un servicio a esta liga y le pareció que la forma novelística sería la más apropiada. Así se gestó su emblemática novela *¡Abajo las armas!*

Este no era un libro antimilitarista, pero sí una vehemente crítica de la guerra y sus funestas consecuencias; más que una teorización filosófica y social contra este azote de la humanidad, se trataba de una visión sentimental y profunda de sus horrores, tomando como asunto las guerras políticas de Europa central en el siglo XIX.

Cuando apareció la obra, el Viejo Continente estaba padeciendo nuevos conflictos (Austria y Francia habían sido vencidas por Prusia), aunque se habían producido algunas iniciativas pacifistas, como la fundación, a propósito de la Exposición Universal de París, de una Oficina Internacional y una Oficina Interparlamentaria para difundir por todo el mundo la idea del arbitraje internacional, a la que se unió la voz del papa León XIII.

Francisco Luis Cardona afirma en su libro *La guerra, ¿un fenómeno inevitable?* que Bertha von Suttner había escrito su obra hacía ya algún tiempo, pero había sido rechazada una y otra vez por los editores, temerosos de que se convirtiera en un fracaso dado el espíritu militarista que se respiraba



Resulta muy difícil separar la vida de Bertha von Suttner de la de la protagonista de su obra cumbre, *¡Abajo las armas!*, que, sin ser autobiográfica, transcurre en muchas ocasiones por caminos paralelos: sus antepasados militares, sus dos matrimonios con nobles austriacos y su dedicación a la causa de la paz.

en Alemania y Austria. «Y, sin embargo –añade Cardona–, debían de ser muchos también los que se hallaban cansados de tanto olor a pólvora, puesto que rápidamente se agotaron tres ediciones». Efectivamente, el éxito fue inesperado. Hasta 1905 hubo treinta y siete ediciones y con la edición popular de 1914 se alcanzó la cifra de 210.000 ejemplares, sin contar las traducciones a un gran número de idiomas.

¡Abajo las armas! relata en forma de autobiografía la vida de una joven, Martha von Tilling, que vive las guerras de 1859, 1864, 1866 y 1870/71, perdiendo dos maridos y un hijo. Para dar autenticidad a la narración, Bertha von Suttner se documentó con obras históricas, artículos de corresponsales de guerra, informes de médicos militares e hizo contar sus experiencias a amigos suyos que habían luchado en la guerra. Como señala Carmen Corredor en la obra *1325 mujeres tejiendo la paz*:

[...] el verdadero mérito de esta obra es su contenido impactante, que tuvo una influencia determinante en su tiempo. Nadie hasta entonces había denunciado, de una manera tan rotunda y tan gráfica, el dolor, la maldad, la crueldad de la guerra, la soledad de los soldados heridos y abandonados, la pesadilla del campo de batalla, el pánico a la muerte. La novela no fue sólo un alegato contra la guerra, sino que además denunciaba una serie de principios que favorecían el espíritu belicista: la religión, que propiciaba la resignación; la cobardía como deshonra y la concepción de la guerra como una forma más de hacer política.

Bertha recibió numerosas cartas de felicitación por su trabajo, entre ellas, las remitidas por prestigiosos pacifistas como Federico Passy, Henri Dunant (fundador de la Cruz Roja y primer premio Nobel de la Paz), el noruego Björnsterne Björnson y el escritor ruso Tolstoi. Si bien uno de los mejores elogios que obtuvo la novela, según recoge Cardona, lo realizó con elocuentes frases el entonces ministro de Hacienda austriaco, Julian Dunajewski, el 3 de marzo de 1892, en pleno Parlamento: «No un diplomático, sino una dama ha pintado los horrores de la guerra de un modo que no es fácil que sea igualado. ¡Leed, señores, la novela *¡Abajo las armas!* y seréis partidarios de la paz!».

Después del éxito y de la enorme repercusión mundial de su libro, con el que consiguió llegar al gran público y empezar a cambiar conciencias, Bertha von Suttner ya no abandonó su tarea pacifista.

LA ASOCIACIÓN AUSTRIACA POR LA PAZ Y EL PANEUROPEÍSMO

Los estudios realizados para la novela motivaron su dedicación, el resto de su vida, a la lucha activa y organizada por la paz. También constituyeron el comienzo de una obra amplia en el campo del periodismo político; escribió regularmente sus «Randglossen zur Zeitgeschichte» (Glosas sobre la historia contemporánea), primero en una revista dirigida por ella misma que llevaba el mismo nombre que su famosa novela y, más tarde, en la *Friedenswarte*, publicada por Alfred H. Fried, futuro premio Nobel de la Paz en 1911. Con una base sólida de conocimientos del proceso político, un estilo brillante y agudo, polemizó contra el militarismo en todas sus variantes, en un momento en el que el militarismo abierto aún no gozaba de mala prensa.

A partir de 1891, Bertha von Suttner se dedicó intensamente a una diversa gama de actividades para defender la causa de la paz y el desarme. Ese año fundó la Asociación Austriaca por la Paz, de la que fue presidenta hasta su muerte, y como tal acudió a la tercera Conferencia Mundial de la Paz celebrada en Roma, algo que se repitió en numerosas ocasiones.

En 1892 ayudó a Alfred H. Fried a fundar una Liga por la Paz, un hecho de especial relevancia para ella puesto que la capital alemana se consideraba como «la ciudadela del militarismo». Bertha von Suttner asistió a casi todas las conferencias anuales de la Asociación Internacional por la Paz. Y estuvo en La Haya cuando se reunieron los políticos de distintos países en las famosas conferencias de dicha ciudad holandesa para discutir las posibilidades de asegurar la paz, por primera vez en 1899 y por segunda en 1907. A pesar del fracaso de las reuniones, en las que siempre intentó hacer de mediadora conciliando las distintas posiciones, Bertha no se desanimó y encauzó sus esfuerzos hacia otras metas: la unión de los Estados europeos, el paneuropeísmo, la confederación de los Estados europeos, inspirada por la Organización de los Estados Americanos, que entonces se llamaba Pan-América, como solución a los conflictos, junto al

desarme, una idea casi utópica en aquella época cuando eran precisamente los conflictos entre las potencias europeas los que representaban los verdaderos peligros para la paz.

En 1905, el año de la concesión de su Premio Nobel de la Paz, visitó más de una treintena de ciudades alemanas y en 1906, cuando le fue entregado el galardón, dio conferencias en las principales ciudades de Escandinavia. Dos veces, en 1904 y en 1912 con sesenta y ocho años ya, viajó a Estados Unidos, un país que siempre despertó su admiración como ejemplo de modernidad. Durante su segunda estancia pronunció discursos en sesenta ciudades de casi todo el país.

Su tenacidad y perseverancia en esta lucha la llevaron, en 1905, al cenit de su reconocimiento y prestigio internacional con la concesión del Premio Nobel de la Paz. En su discurso de presentación del premio, el presidente del Comité Noruego del Nobel, Jørgen Gunnarsson Løvland, reconoció la gran influencia de las mujeres en la historia y se refirió a Bertha von Suttner afirmando que había atacado la guerra en sí misma y había gritado a las naciones ¡Abajo las armas! «Esta llamada será su honor para siempre», afirmó Løvland.

Bertha von Suttner no pudo viajar a Noruega el 10 de diciembre de 1905. Lo recogió finalmente el 18 de abril del año siguiente y en su discurso de aceptación del galardón titulado «La evolución del movimiento pacifista» manifestó, entre otras cosas, que «una de las verdades eternas es que la felicidad es creada y desarrollada en la paz y que uno de los derechos eternos es el derecho del individuo a la vida». Suttner explicó que hasta ese momento «la organización militarizada de la sociedad se había basado en la negación de la posibilidad de paz, en un desprecio por el valor de la vida humana y en la aceptación de la necesidad de matar». «[...] Y como esto ha sido así, la mayoría de la gente piensa que debe permanecer así», añadió.

Bertha von Suttner dijo que un nuevo y vigoroso espíritu estaba sustituyendo esa amenazante y vieja filosofía y que en el mundo se estaba extendiendo un «proceso de internalización y unificación» a cuyo desarrollo estaban contribuyendo factores como «los inventos técnicos, la mejora de las comunicaciones, la interdependencia económica y las relaciones internacionales más cercanas». La primera mujer premio Nobel de la Paz finalizó su intervención recordando unas palabras del entonces presidente norteamericano Theodore Roosevelt en las que este

afirmaba que «la obligación de su Gobierno y de todos los Gobiernos consistía en propiciar el tiempo en el que la espada no será el árbitro entre las naciones».

El Premio Nobel le dio a la baronesa nuevos bríos para alentar sin desánimo la causa de la paz. Pero mientras ella luchaba incansablemente, Europa iba ensombreciéndose poco a poco ante la amenaza de un gigantesco conflicto armado que enzarzaría a todos sus pueblos en una terrible guerra. Desesperada ante esta certeza, Bertha se dirigió entonces a la juventud con un vibrante llamamiento para que fuesen ellos quienes tomaran la antorcha del pacifismo. El 12 de mayo de 1914, ya muy enferma, escribió, según reproduce Bárbara Gelautz: «Hace mucho tiempo que no sentía tanta inquietud y descontento [...]. Y no es posible luchar contra el ultramilitarismo que está llenando el ambiente. ¿Dónde están los jóvenes, fuertes, que luchan con entusiasmo?».

El 9 de junio de ese mismo año cumplió setenta y un años y recibió como regalo, y como último aliento, miles de telegramas y cartas llegados de todos los rincones de Europa que le demostraron su simpatía y apoyo. Bertha von Suttner fue testigo del preludio de aquella terrible conflagración mundial que se conocería como la Gran Guerra. Murió en su casa de Viena el 21 de junio de 1914, apenas un mes antes de que se iniciara la primera de las grandes hecatombes del siglo xx, cuyo comienzo está fechado el 28 de julio de ese año. Al cumplirse, precisamente este año 2014, el centenario de aquella locura trágica, cabe preguntarse, de acuerdo con lo que señala Mariano Hispano en su libro *El Premio Nobel Bertha von Suttner*, cuál de las teorías se ha revelado como la más efectiva para conseguir la paz: si la concebida por Alfred Nobel, sustentada sobre la afirmación de que el poder destructivo de las armas haría imposibles las guerras, o la de Bertha von Suttner, partidaria de las asociaciones, congresos y una política de unión entre los pueblos (paneuropeísmo) como instrumentos para evitarlas. La respuesta más acertada sería decir que los dos tenían parte de razón. De un lado, el enorme poder destructivo de las armas nucleares ha sido el mejor elemento disuasorio para impedir el enfrentamiento de las dos grandes potencias, por temor a que el desencadenamiento de una guerra atómica acabase con la civilización. Alfred Nobel predijo con acierto ese extremo. E igualmente exacta se ha evidenciado, un siglo

después, la visión de Bertha von Suttner. A partir del modelo de la Asociación Inglesa de la Paz, fueron surgiendo organismos internacionales que trabajan por el entendimiento entre los pueblos y su desarrollo pacífico, siendo la ONU (Organización de las Naciones Unidas), que agrupa a casi la totalidad de los países del mundo, el mejor ejemplo de ello.

Y el mejor exponente de ese paneuropeísmo propugnado por la baronesa es hoy día la Unión Europea que, a pesar de sus posibles deficiencias, se ha consolidado desde el final de la Segunda Guerra Mundial como el paradigma de que la unión y la cooperación son sinónimas y garantía de paz y prosperidad. Transcurridos más de cien años desde que Bertha von Suttner recibiera su Premio Nobel de la Paz, y como curiosa coincidencia, la Unión Europea obtuvo también este prestigioso galardón en el 2012 «por sus más de seis décadas de contribución al progreso de la paz y la reconciliación, la democracia y los derechos humanos». El Comité Noruego del Nobel premió así el esfuerzo sin precedentes, por parte de un número cada vez mayor de Estados de Europa, para superar la guerra y las divisiones, y conformar entre todos un continente en paz y prosperidad. Sin duda, el ideal que persiguió con su activismo Bertha von Suttner llegó a hacerse realidad.

Agradecimientos

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a Carmen Galera Blé por su constante ánimo y apoyo durante todo el tiempo en el que he estado escribiendo este libro, así como a todos los amigos y amigas que se han ilusionado conmigo por este proyecto. Darle las gracias también a Isabel López-Ayllón por haber creído en mi propuesta y haberme dado la oportunidad –junto a Tombooktu– de materializarla en esta obra que ahora ve la luz. Ha sido estupendo y muy enriquecedor trabajar con ella. Por supuesto, a Ángel Elipe porque me demuestra que está a mi lado siempre. Y mencionar asimismo, muy muy especialmente, a tres responsables de la Nobel Women’s Initiative (Iniciativa de las Mujeres Nobel NWI) por su amable, inestimable e incondicional colaboración en este libro aportando una parte del material fotográfico que contiene y, sobre todo, por haber hecho posible que Jody Williams haya escrito el prólogo: Rachel Vincent (directora de Medios y Comunicación), Zuzia Danielski (coordinadora de Medios Online y Relaciones) y Ashley Armstrong (socia de Comunicación). Mi enorme gratitud hacia ellas y, por supuesto, a Jody Williams (premio Nobel de la Paz 1997) por haber querido ser parte de este libro y haber contribuido generosamente al mismo con su testimonio.